

Además, de estos defectos que invariablemente acompañan á los déspotas de la tierra, tambien los acompañan una turba de parásitos, que viven de la adulación que les prodigan y que llegan á formar un muro compacto que no deja llegar á los oídos de su soberano, sino sus lisonjas, pues en la puerta de los palacios son detenidas las inoportunas quejas de los que sufren, las protestas de los ultrajados, la indignación de los buenos patriotas.

Por otro lado, por más actividad y buena voluntad que tenga el que ejerce el poder absoluto, no puede saber lo que pasa lejos de él, sino por sus mismos amigos, por los mismos empleados que él nombra, algunas veces con intención recta, pero que lo engañan sobre el verdadero estado de cosas. Le es muy difícil salir de ese engaño, porque es natural que tenga más confianza en lo que le dicen sus empleados, que son sus amigos, que en la voz de los descontentos, que la lisonja fácilmente hace pasar á sus ojos, como díscolos ó enemigos suyos.

De ese modo, la administración se va corrompiendo poco á poco, pues el autócrata no conoce el mal, y los únicos que se lo podrían señalar, los periodistas independientes, permanecen callados.

Vamos ahora á ocuparnos del poder absoluto en México y con este motivo quizá se nos presente la oportunidad de tratar tan interesante cuestión desde otro punto de vista.

EL PODER ABSOLUTO EN MEXICO.

En la ligera reseña histórica que hicimos del militarismo, hablamos de las funestas consecuencias que para México ha tenido el poder absoluto ejercido por medio de dictaduras militares y ese estudio nos facilitará grandemente nuestro trabajo actual.

En nuestra patria, tiene su origen el poder absoluto en las guerras intestinas y en las grandes guerras extranjeras, pues como ya hemos visto, cuando un país sostiene victoriosamente alguna guerra extranjera, le queda la pesada carga de recompensar á sus héroes, así es que, aquí en México, está estrictamente ligada la idea de poder absoluto, á la de militarismo, porque éste ha sido la causa de aquél.

Esto nos servirá para encontrar fácilmente el remedio á nuestros males, en el curso de nuestro estudio.

Por estas razones no nos extenderemos más sobre los antecedentes históricos y abordaremos de lleno la cuestión.

Pruebas de que existe el poder absoluto en México.

La República Mexicana está actualmente gobernada por una dictadura militar que ejerce un poder absoluto, aunque moderado. Las mejores pruebas las encontramos en la unanimidad de votos para el nombramiento de todos los funcionarios públicos, en la unanimidad de votos que en las cámaras, aprueban las iniciativas del Gobierno así como en la inamovilidad de los primeros, ya sea que su poder diname directamente de la administración, ó de la elección del pueblo; en la escasísima libertad de que goza la imprenta, etc., etc.

La mayoría de estos hechos no son negados ni por los órganos semi-oficiales, así es que por esta circunstancia y por el hecho de que está en la conciencia nacional tal idea, no nos parece oportuno presentar mayor acopio de datos para probar nuestro aserto.

Consecuencias del poder absoluto en Mexico.

El General Díaz ha establecido *de facto*, el poder central absoluto, pues á ningún Estado le permite que nombre sus gobernadores, ni siquiera á sus Presidentes Municipales, como hemos visto más arriba al hablar de los medios de que se ha valido para afianzarse en el poder.

Los males emanados de este régimen de poder absoluto, pertenece á las dos órdenes de ideas que hemos expuesto:

La falta de libertad de imprenta, ha ejercido su influencia especial en la marcha de la administración, pues no habiendo quien se atreva á denunciar las faltas de los funcionarios, no son bien conocidos del público y mucho menos de sus superiores. Esas faltas que han permanecido impunes, se repiten con frecuencia. Al principio, la opinión pública protestaba contra ellas, pero cansada de tanto esfuerzo estéril, dejó de protestar, y se acostumbró á dominar su indignación, logrando al fin ver como cosas normales los abusos de las autoridades. Esta costumbre ha corrompido á tal grado los ánimos, que ahora lo único que se pretende es evitar que esos abusos recaigan sobre uno mismo, para lo cual se procura estar bien con la autoridad; esa conducta es la que observa la mayoría, generalmente acomodaticia, que quiere vivir tranquila, que sólo se preocupa de sus bienes materiales, del progreso de sus negocios, á quien preocupa mucho la belleza de los paseos, y que protesta con más indignación cuando alguna aglomeración de inmundicias obstruye su paso ó le hace desagradable el paseo con su olor desagradable, que cuando le arrancan uno de sus más valiosos derechos de ciudadano, ó cuando se comete un atentado contra alguno de sus conciudadanos. En su egoísta miopía, no alcanza á comprender que al ser vulnerado un derecho, lo serán poco á poco todos los demás; que las mismas persecuciones que sufre su conciudadano, puede sufrir él mismo ó alguno de los miembros de su familia; pero el egoísmo es ruín, no tiende á la unión que fortifica, sino que se inclina por el aislamiento, sin comprender lo que esto lo debilita.

En todos los pueblos, al lado de los que se do-blegan pacientemente y solo se contentan con *no estar mal con las autoridades*, existe un número creciente en tiempos de despotismo, que quieren aprovechar la oportunidad para elevarse, para enriquecerse y que no vacilan en adular á los mandatarios para atraerse su favor.

Estas dos categorías de sujetos: los que se resignan y los convencieros, son el apoyo de las autocracias; los últimos, son los emisarios activos, diligentes, que escriben periódicos llenos de las más bajas adulaciones, que adulteran los hechos, que extravían la opinión pública, que van entre los pertenecientes á la otra categoría, á recoger firmas en escritos pomposos en que se afirma que el pueblo es feliz, que la patria prospera bajo la hábil dirección de nuestros mandatarios. Esas firmas y hasta contribuciones para hacer festejos á los gobernantes, son arrancadas por medio de una disimulada amenaza, y de una sonrisa llena de mentirosos ofrecimientos.

Para contrarrestar la influencia nefasta de esos aduladores, parásitos del poder, no existe la prensa independiente, ni tampoco para remover á los pacíficos ciudadanos de su apatía, dando por resultado que los funcionarios públicos, que muchas veces llegan al poder con buenas intenciones, se van corrompiendo poco á poco, pues la lisonja los ha llegado á hacer que se crean superiores á los demás; la adulación les ha puesto una venda que les impide apreciar debidamente la consecuencia de sus actos, y llegan á considerar el poder como su legítimo patrimonio.

Estos funcionarios, cada vez ménos hábiles para llevar á la Nación á sus grandes destinos, son los únicos que gobiernan actualmente á la República Mexicana, debido á la influencia del poder absoluto que ha acabado con la libertad de imprenta. (1)

El resultado de este estado de cosas ha refluído hasta el mismo General Díaz; él ignora la mayor parte de los acontecimientos que pasan diariamente en la inmensa superficie del Territorio Nacional, y aunque él quisiera poner remedio no lo podría por dos razones:

La primera, porque si ejerciera estricta justicia en todos sus actos, tendría que quitar de sus puestos á la inmensa mayoría de las autoridades, y no encontraría con quien sustituirlas, porque difícilmente encontrará personas que reúnan á la dignidad necesaria para obrar en todo conforme á la ley, el suficiente servilismo para acatar sus órdenes, aun cuando estén contra la misma ley. En este caso, reacciona constantemente la personalidad del Gral. Díaz, dominado por la idea fija que ya le conocemos de conservar el poder, contra el hombre de Estado que desearía el bien de la patria.

La segunda es que las personas de su mayor confianza, son las que cometen los mayores abusos, lo cual le impide saberlo, pues es natural que él tenga más confianza en lo que le dice uno de sus adictos y viejos amigos, que en lo que le cuenta cualquier discípulo. La prueba de que así pasa, es

[1]—Quizá se llegue á objetar á lo anterior que se empieza á sentir mayor libertad de imprenta en la República, pero de esta circunstancia nos ocuparemos más adelante; ello obedece á otras causas, y es independiente de la férrea voluntad que nos gobierna.

que cuando un particular escribe al Gral. Díaz quejándose contra los abusos de alguna autoridad, manda la carta original á la autoridad acusada para que informe, y ya podremos imaginarnos que el tal informe nó es si no una hábil defensa de sus actos, acompañada en muchos casos de pérvida acusación contra el quejoso.

De esto resulta que en la República se han cometido graves faltas, que aunque no lo han sido directamente por el General Díaz y en muchos casos aún contra su voluntad, no por eso deja él de ser el verdadero responsable ante los ojos de la Nación y ante el severo juicio de la Historia.

Ya lo hemos dicho, el General Díaz desea hacer el mayor bien posible á su patria, siempre que sea compatible con su permanencia indefinida en el poder, dando por resultado, que los esfuerzos portentosos del habilísimo hombre de Estado, son paralizados por la personalidad del General Díaz; sus nobles arranques de patriotismo, moderados por su ambición, por su egoísmo.

Por esta circunstancia hemos querido tratar de las consecuencias del poder absoluto en capítulo por separado, porque estas consecuencias las tendremos que sufrir con cualquier gobernante que siga la misma política; que haga uso del mismo poder absoluto del General Díaz, quien ha usado del poder con gran moderación; con una moderación de que pocos ejemplos encontramos en la historia. Además, la vida privada tan intachable que observa, es una constante fuente de energía que le permite desplegar una actividad admirable.

Y si con un hombre tan notable al frente del po-

der, tenemos que lamentar tan terrible consecuencia. ¿Qué será cuando el mismo poder vaya á dar á otras manos, y que el nuevo mandatario, enervado por los placeres no pueda desplegar tan portentosa actividad, no pueda conservar tan admirable lucidez? Porque no hay que engañarse, la lucidez, la energía solo se conservan observando una conducta intachable, pues el vicio atrofia las más nobles cualidades del alma; paraliza sus esfuerzos hacia todo lo grande, y engendra una laxitud, un entorpecimiento intelectual que con el número de años, va aumentando en progresión aterradora.

* *

Como sería imposible ó por lo menos largo y fastidioso entrar en detalles sobre las consecuencias del actual régimen de gobierno, vamos á tratar por separado las más grandes faltas cometidas, y sólo al terminar este capítulo, haremos el balance á la actual administración.

Guerra de Tomóchic. La Nación no supo nunca la verdadera causa de esa guerra, pero se dijo que fué ocasionada porque los habitantes de aquel pueblo que se encuentra en el corazón de la Sierra Madre, no querían pagar las contribuciones ó algo tan baladí é insignificante así. Pues bien, los esfuerzos que hizo el gobierno para arreglar pacíficamente la cuestión fueron bien pocos, y quizá esos esfuerzos fueron neutralizados por la ineptitud, el orgullo ó la ambición de los delegados del gobierno. El resultado fué que éste mandó fuerzas federales en gran número que destruyeron casi por completo el pueblo

y acabaron con casi todos los habitantes que opusieron una resistencia heroica y causaron á las fuerzas federales numerosas bajas, al grado de desorganizar por completo los primeros cuerpos que marcharon al ataque.

Ahí tenemos un cuadro terrible.

Hermanos matando á hermanos, y la Nación gastando enormes sumas de dinero por la ineptitud ó la falta de tacto de alguna autoridad subalterna.

El General Díaz, encerrado en su magnífico Castillo de Chapultepec, supo de las dificultades, pidió informes al gobernador, éste á su vez se dirigió á su Jefe Político ó autoridad, verdadera causa del conflicto; ésta informa favorablemente á sus miras y por los mismos trámites llega ese informe á manos del General Díaz, que juzga necesario mandar batir á aquellos humildes labradores, pacíficos ciudadanos, que han llegado á ser representados á su vista, como terribles perturbadores de la paz pública, y el General Díaz para hacer *respetar el principio de autoridad*, ordena que vayan fuerzas á Tomóchic.

En este caso, el criterio del General Díaz fué el del Jefe Político.

¿De qué nos sirve pues que el General Díaz tenga un criterio tan recto, un tacto tan admirable para tratar á todo el mundo, si en muchos casos, por la razón natural de las cosas, su criterio tendrá que guiarse por el del más ínfimo de sus subordinados?

Un valiente y pundonoroso oficial, pensador, escritor notable, indignado de las torpezas de sus superiores y por las infamias que les hicieron cometer llevándolos á exterminar á sus hermanos, escribe

un bellissimo libro denunciando esos atentados; pero la voz varonil de los hombres de corazón nunca es grata á los déspotas de la tierra y ese oficial pundonoroso fué dado de baja y procesado.

El epílogo de ese drama no podría ser más conmovedor: Un pueblo destruido por el incendio, regado de los cadáveres de sus valientes defensores, abandonado por las numerosas madres, viudas y huérfanos que muy lejos fueron á llorar su muerte; y más allá, entre los bosques que rodean al pueblo, muchos cadáveres también, pero de resignados oficiales y soldados que sin saber por qué, fueron los portadores del exterminio á la casa de sus hermanos, y á los cuales hacían melancólicamente los honores de reglamento, los compañeros que les sobrevivieron.

¡La patria perdió muchos hijos!

¡El tesoro Nacional fué sangrado abundantemente!

¡Y las contribuciones, origen de esa hecatombe, no fueron pagadas!

¡Mil veces mejor hubiera sido que ese pueblo no pagara contribuciones por algunos años, esperando que las luces de la instrucción penetraran en él y le hicieran comprender sus derechos!

Pero no; que no conocen sus deberes, á balazos los han de enseñar, en vez de hacerlo por medio de la instrucción.

Este es el mal de los gobernantes militares: que todo lo quieren hacer valiéndose de la fuerza bruta.

Guerra del Yaqui. Otro atentado del cual no podemos hablar sin sentirnos conmovidos, invadidos de profunda piedad hacia

tanta víctima; poseídos de tremenda indignación contra sus verdugos.

¡Cuántas veces nos hemos horrorizado al leer en la prensa las lacónicas noticias del teatro de la guerra!

¡Cuántas veces nos hemos visto impulsados á tomar la pluma para lanzar á la República nuestras protestas indignadas, nuestras vehementes imprecaciones para conmoverla, para pintarle con toda su horrible desnudez los crímenes sin cuento que se están cometiendo en las fértiles regiones bañadas por el Yaqui y el Maya!

Pero ¿de qué hubiera servido nuestra protesta? ¿lograríamos conmover la opinión pública para evitar tal atentado? Indudablemente que nuestros esfuerzos hubieran sido estériles. A una Nación oprimida no se le despierta con un escrito aislado, se necesita un conjunto de hechos, que á la vez que la despierten, la hagan concebir esperanzas de redención.

Por esas razones, comprimíamos nuestra indignación, ocultábamos nuestras lágrimas, esperábamos llenos de ardor el momento oportuno para lanzar á los cuatro vientos nuestra protesta inflamada de indignación.

Hemos creído el momento llegado, pero si no es así, si nuestro optimismo nos engaña, habremos satisfecho una de las más apremiantes exigencias de nuestra alma, al lanzar este acto de protesta contra tan inicuos atentados.

¡Qué sepan los desventurados sobrevivientes de esa heroica raza, que no todos los blancos, los *voris* somos sus enemigos; que sepan los que gi-

men bajo el látigo del esclavista, que muchos de sus hermanos compartimos su dolor, que lloramos con ellos su esclavitud, que no están solos en el mundo, que hay quienes se preocupen por su felicidad, que existe una poderosa corriente de opinión que indignada, clama justicia.

Una vez satisfecha en este preámbulo la necesidad que tenían nuestros sentimientos más afinados de manifestarse; una vez salida de nuestro pecho esta doliente queja; una vez que hemos cumplido con el deber más elevado que nos exigía nuestro amor á aquella desventurada raza, hermana nuestra, descendamos al terreno de la razón, de la lógica inflexible, para proseguir nuestro estudio.

* *

En una de las más feraces regiones de la República, surcada por dos caudalosos ríos que la fertilizan y la fecundan: el Yaqui y el Maya, vivían dedicados á la agricultura y á la ganadería los numerosos miembros de la tribu Yaqui. Esos indios, se habían desparramado por todo el Estado de Sonora y constituían los mejores jornaleros, tanto para la agricultura como para la minería, pues tienen un gran desarrollo físico, una gran resistencia para el trabajo y su inteligencia es superior á la de muchas razas indígenas de las que habitan el vasto territorio de la República.

En la región que ellos ocupaban casi exclusivamente, se dedicaban con buen éxito á la agricultura, la ganadería y la pesca y surtían á Guaymas, Hermosillo y casi todo el Estado de Sonora de legumbres, cereales, volatería, mariscos y en general

de los productos del mar, así como de los agrícolas y pastoriles.

Esos indios, fuertemente organizados, vivían independientes de la acción del gobierno mexicano, dándose sus propias leyes y viviendo bajo el régimen patriarcal. Estaban en paz, y quizá había menos disturbios, y más seguridad en los caminos de Sonora, que en muchas otras regiones de la República, antes de que los ferrocarriles vinieran á ayudar poderosamente la acción del gobierno en la persecución de las gavillas de bandoleros.

Pues bien, durante el gobierno del General Díaz, que tan pródigo ha sido con los terrenos nacionales, llamados baldíos, se dió una conceción para explotar los terrenos del Yaqui á algunos amigos de la administración ó de sus miembros más influyentes. Estos traspasaron sus derechos á una compañía extranjera que fracasó en sus trabajos.

Pero lo más funesto del asunto, fué que los Yaquis se vieron despojados de los terrenos que cultivaban desde tiempo inmemorial y como eran valientes, numerosos y estaban bien armados, empezaron á defender sus propiedades con rara energía.

El Gobierno federal, informado por las autoridades locales, probablemente por los mismos que eran los beneficiarios de la productiva conceción, juzgó necesario mandar tropas para sofocar á los indios rebeldes.

Los indios, conocedores del terreno, que les proporciona seguro albergue, han sostenido una guerra interminable, por el sistema de guerrillas.

Los jefes de las fuerzas federales, han obrado

con mala intención manifiesta ó con torpeza suma, pues se ha prolongado la guerra más de lo que debía esperarse contando con tan poderosos elementos.

La Nación ha perdido en esa guerra infructuosa, muchos de sus hijos, encendió en su seno una guerra interminable, arrancó á sus mejores y más laboriosos hijos de los terrenos que cultivaban para pasarlos á algunos de los favoritos del gobierno que no los cultivan; empobreció á todo el Estado de Sonora quitándole sus mejores labradores, sus mineros más hábiles y gastó \$50,000,000.00 en esa guerra.

Viendo el gobierno que no podía terminar con los valerosos indios, que se defendían en las inaccesibles montañas que les sirven de fortalezas naturales, ha recurrido al inicuo expediente de deportar á toda la raza, empezando por los más inofensivos, los que estaban más á la mano.

Esos deportados, son prácticamente reducidos á la esclavitud en los Estados en donde el clima es más inclemente; quizá se hayan escogido de intento esos lugares malsanos, para que más pronto encuentren la tumba que no pudieron encontrar defendiendo sus patrios lares, esos valerosos guerreros.

Las descripciones que se hacen de esas deportaciones, aunque laconicas, son desgarradoras.

Mujeres ha habido, que viéndose arrancar de su suelo natal, separadas de sus maridos y quizá de sus mismos hijos, se han arrojado al mar, prefiriendo una muerte pronta entre las hondas amargas, á los espantosos sufrimientos de la esclavitud.

En México, en la Capital de la República, que se blasona de civilizada, que ha querido imitar todas las magnificencias de Europa y que tan sólo ha sabido imitar sus vicios; en esa flamante y bellísima ciudad, han desfilado los lúgubres convoyes de carne humana.

Los interesados en llevárselos á sus haciendas, los esclavistas, disputándose la presa y como si esos desgraciados estuvieran rematándose en pública subasta, pujan cada vez más, ofrecen más y más dinero, hasta que al fin logran *comprarlos*, y los trasportan á sus haciendas á reducirlos á la esclavitud, en la cual encontrarán prontamente su tumba, esos leones en el combate, y que como valerosos, saben apreciar su libertad.

Hemos dicho la terrible palabra *comprarlos*, quizá no sea exacta; pues no sabemos quien sea el vendedor; pero lo que es cierto es que los interesados en llevarse á los indios á sus terrenos, ponen en juego toda clase de influencias y quizá usan del cohecho para llegar á ser los preferidos.

Hemos sabido de un ciudadano francés que explotaba una rica mina en Sonora. Por intrigas de que él no se dió cuenta, le declararon conspiradores ó complicados de algún modo, á todos sus sirvientes, y en masa fueron deportados.

Ese francés, de entrañas más sensibles que nosotros, ó que no estaba bajo la misma influencia del vergonzoso pánico que se ha infiltrado en todas las capas sociales de la República Mexicana, vino á esta región para ver si arreglaba que se quedaran á trabajar aquí en donde se les trataría bien, en donde podrían vivir tranquilos. Al hablar de sus fieles

sirvientes se le inundaban los ojos de lágrimas, la garganta se le cerraba de congoja.....

No logró su objeto, aquellos seres humanos, que tanto amaba, corrieron la misma suerte de todos sus desventurados compañeros.

Estas medidas, en vez de calmar á los Yaquis, les han hecho perder toda esperanza y aun los mansos han tomado las armas para defender su libertad y la de su mujer y sus hijos.

La deportación ha llegado á ser enorme, al grado que todos los agricultores de Sonora han puesto el grito en el cielo y se han dirigido al Presidente de la República para que revoque esa orden, pues calculan que si sigue esa rápida deportación, no tendrán peones para levantar su cosecha de trigo.

El gobierno federal se alarmó de esas consecuencias, pues ERA IMPORTANTÍSIMO LEVANTAR EL TRIGO y gracias á estas reflexiones meramente económicas, el gobierno revocó la orden hasta cierto punto, declarando que se suspendiera la deportación sistemática de indios, pero que por cada fechoría que se cometiera por cualquier yaqui, serían deportados 500!

Un hacendado de aquellos rumbos, tanto por humanidad, como por conveniencia propia, se llevó á sus fieles sirvientes al vecino Estado de Culiacán y lo hicieron que los devolviera para deportarlos junto con los demás.

Las mujeres yaquis ven morir á sus hijos con indiferencia. Preguntada una de ellas de donde provenía esa indiferencia, contestó que puesto que los habían de matar los *yoris* era mejor que murieran de una vez.

*
* *

Pero basta de esa narración que tan profundamente nos afecta. Notemos la conducta de la prensa de casi toda la República que se ha abstenido de comentar tales noticias, y es natural, puesto que no tenía permiso de hacerlo.

Un anciano General extranjero es asesinado en las calles de la Metrópoli. Noble indignación estalla en todos los órganos de la prensa: tenían permiso para indignarse. En cambio, á nuestros desventurados hermanos se les despoja de su patrimonio, se les separa de sus familias se les reduce á la esclavitud: Silencio sepulcral. ¡Hay de quien diga una palabra!

*
* *

Pero los tiempos han cambiado, el centenario de nuestra independencia se alza majestuoso bañado con los refulgentes albores de la Libertad.

Los escritores independientes, los que amamos á la patria, ya no estamos solos; el pueblo-león empieza á sacudir su melena y perezosamente se prepara al combate. Él será nuestro firme sostén, y lo que necesitamos todos, es prepararnos igualmente para la lucha, erguirnos, sacudir el miedo letal que ha sellado nuestros labios, diciendo la verdad, alto y claro.

En cumplimiento de ese sagrado deber, pasamos ahora á comentar esa desastrosa contienda entre hermanos.

Ya hemos hecho un especie de resumen de los incalculables perjuicios que ha sufrido la Nación

con esa guerra inicua. Sin embargo, veremos ahora el mismo asunto desde otro punto de vista.

A la Nación le hubiera convenido más conservar á esa colonia de yaquis que con su trabajo fecundaba una de las regiones más fértiles de la República, y que, en caso de guerra extranjera, hubieran prestado un importantísimo contingente, pues ya han demostrado que si son excelentes labradores, son también guerreros incomparables.

En vez de esto, casi toda esa región ha estado á punto de ir á manos de una compañía extranjera y ahora está dividida entre unos cuantos propietarios que no la explotan por falta de brazos.

Veamos ahora si esto era posible, habiendo observado una política más patriótica.

Indudablemente que hubiera sido muy fácil, pues bastaba reconocer á los yaquis como dueños de la vasta extensión de terreno que ocupaban, lo cual era perfectamente legal, puesto que se considerara como título perfecto de una propiedad el haber estado en posesión no interrumpida por más de 20 años, y los yaquis desde tiempo inmemorial, por derecho de origen, están en quieta y pacífica posesión de esos terrenos, puesto que nadie les ha disputado la propiedad.

Para observar esta conducta, encontramos un antecedente en la conducta observada por el Gobierno Americano que ha dedicado para que habiten los indios y les ha reconocido como propiedad, un vastísimo territorio. Nuestros vecinos del Norte, han preferido civilizar aun á gran costo los indios, antes que exterminarlos y vamos que en aquel caso se trataba de indios bárbaros, indoma-

bles y de raza distinta á los americanos del Norte, mientras que aquí se trataba de indios pacíficos, dedicados á la agricultura. El mismo gobierno mexicano ha seguido ese saludable ejemplo, dedicando con buen éxito una fértil región en este Estado en un punto llamado Nacimiento, sobre las márgenes del río Sabinas, para que lo habiten exclusivamente los indios lipanes y comanches, que eran el terror de la comarca y que ahora viven en paz y civilizándose lentamente.

En cuanto al hecho de que no reconocían de un modo absoluto la autoridad federal, no era motivo para exterminarlos, pues con paciencia se hubiera logrado introducir entre ellos la luz de la enseñanza, las ventajas de nuestra civilización, y muy pronto, en mucho menos tiempo que el que se ha necesitado para exterminarlos, se hubiera logrado civilizarlos.

Examinando el pretexto de que no pagaran contribuciones, lo encontramos bien mezquino para declararles una guerra sin cuartel, que costará más que el tributo que ellos podrían pagar en 100 años, y aún que el valor de los terrenos de que se les quería despojar. Además, de todos modos pagaban contribuciones indirectas, puesto que todos los efectos manufacturados que consumían, tenían que comprarlos después de haber pagado sus contribuciones al fisco.

¿Por qué, pues, no se habrá seguido esa política tan fácil y tan patriótica, que hubiera contribuido poderosamente para aumentar la población y la riqueza del Estado de Sonora, tan alejado de la acción del centro y que tanto necesita de podero-

sos elementos de defensa para resistir el primer choque de alguna invasión que nos amenazara por aquellos rumbos?

Indudablemente que el General Díaz, como hombre de Estado, como patriota, lamenta las consecuencias de esa guerra; pero esas consecuencias son el fruto inevitable de su política de poder absoluto, indispensable para satisfacer su ambición personal. Así, siempre veremos las flaquezas del hombre, entorpeciendo la acción del Estadista.

Las causas de esta guerra son oscuras, como todos los actos de un gobierno absoluto; pero se han llegado á vislumbrar, pues la opinión pública señala quienes han sido los beneficiados con esa guerra y declara que los beneficiados son los culpables, empleando en esto el sencillo procedimiento judicial para investigar quien es el que cometió algún crimen.

Esos beneficiados ocupan altos puestos en la administración, en la política, en el ejército y todo el mundo los designa por sus nombres, pero no entra en la índole de este trabajo acusar á todos los culpables de la administración actual, pues en el fondo de todos esos atentados, nosotros no reconocemos otro culpable que el régimen de poder absoluto, implantado por el General Díaz.

La actual administración, al pasar á la historia, conservará como mancha indeleble, la sangre hermana, la sangre inocente derramada en esa inicua contienda, y nosotros, que con nuestra debilidad hemos sido cómplices de tal atentado, también tendremos que pagar caramente nuestra indiferencia. Esa cadena que ahora doblega al yaqui, muy pronto

tendremos que arrastrarla. La que llevamos ahora es dorada, lijera, pero con el tiempo se hará cada vez más pesada y más odiosa.

¡Hagamos pues un soberano impulso para no permitirle que se robustezca; para romperla ahora que aun es tiempo!

Guerra con los indios mayas. Lejos esta comarca de los centros de comunicación, poco hemos sabido de ella, si no son los épicos relatos consignados en los partes oficiales.

Nosotros hemos sabido por algunos yucatecos, que los indios estaban en paz cuando fueron sorprendidos por las fuerzas federales, así es que según parece, no estaba justificada esa guerra, pues ya lo hemos dicho, la civilización no se lleva en la punta de las bayonetas, sino en los libros de enseñanza; no es el militar el que ha de ser su heraldo, sino el maestro de escuela.

De cualquier modo que sea, allí tuvimos otra guerra costosa para el erario nacional, y como resultado, que el territorio de Quintana Roo fuera repartido entre un reducido número de potentados, lo cual será una rémora para que habiten colonos que podrían poblarlo y hacer efectivas las ventajas obtenidas por las armas federales.

En la antigua Roma, como el mejor medio de asegurar sus posesiones lejanas, mandaban colonias de ciudadanos romanos y les repartían equitativamente los terrenos para que los cultivaran. De ese modo formaban colonias que constituían un parapeto formidable para la República.

¡Muy distinta ha sido la conducta del Gobierno Mexicano!

Huelgas de Puebla y Orizaba.

En las huelgas de Puebla y Orizaba, podemos encontrar cual es la opinión que el General Díaz tiene de las necesidades de los obreros, y hasta donde llega su amor hacia ellos, lo cual nos servirá grandemente cuando tratemos de investigar cuales son las tendencias de su administración y que debe esperar de él el obrero mexicano.

En el Estado de Puebla y sobre todo en sus alrededores, existen grandes fábricas de hilados y tejidos de algodón.

En esos establecimientos industriales, se hace trabajar á los obreros hasta doce y catorce horas diarias, pagándoles un salario que según su opinión no era suficiente para sus necesidades, ó por lo menos, no estaba en relación con la labor que desempeñaban.

Con este motivo, y haciendo uso de un derecho legítimo, se organizaron fuertemente todos los obreros constituyendo una poderosa liga y principiaron á organizar sus fuerzas para emprender la lucha contra el capital, siguiendo en esto, el ejemplo que han dado los obreros en todo el mundo, que han tenido que unirse para no sucumbir en la incesante lucha entre el capital y el trabajo.

La primera precaución que tomaron los miembros de esta asociación, fué reunir un fondo bastante fuerte para hacer frente á las necesidades de sus miembros cuando tuvieran que abandonar el trabajo; cuando, para conseguir los fines que per-